

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

PINCELADAS DE LITERATURA

Nadie negará que es de palpitante actualidad la huelga. En Barcelona no creo que se piense en otra cosa, y aquí de otra cosa no se habla. Pero ¿es acaso fácil tocar, en una crónica, como de pasada y por juego de la pluma, este asunto verdaderamente magno?

Y además... Cuando se tocan asuntos semejantes sin espacio ni meditación suficientes, se cae en la gastada enunciación de los lugares comunes, cien veces mascados y remascados en la conversación, aborrecibles ya, como música amanerada de organillo. Cada cual piensa haber realizado notable descubrimiento, al proponer lo mismo que a la misma hora están proponiendo veinte mil *estadistas* de su calaña... El uno quiere arreglarlo todo con mucha caballería, mucha infantería y mucha artillería, sin prescindir de la guardia civil y policía consiguientes; el otro tiene suma confianza en discursos, conferencias y artículos; alguno habla de soltar las mangas de riego; éste es optimista cerrado, con vistas a Jauja; aquél pesimista tétrico... Ya se los sabe uno de memoria.

Por otra parte, la suspensión de garantías es un tapabocas, y me atengo a la legalidad. No he de decir de la huelga sino lo que se suele decir en los partos: «Dios les dé una hora cortita y feliz.»

* *

No pudiendo dedicar espacio a los sucesos de Cataluña, lo dedicaré a algo bien catalán y reciente y pacífico: a un libro que acaba de ver la luz en Roma. Débese a la pluma del joven escritor José León Pagano, y aunque lleva este título *Al través de la España literaria*, en subtítulo, sobre la figura modernista que decora la portada, leo «Los catalanes,» y debajo encuentro una especie de índice sugestivo: Angel Guimerá, Pompeyo Gener, Juan Maragall, Jacinto Verdaguer, Narciso Oller, Apeles Mestres, Ignacio Iglesias, Francisco Matheu, Santiago Rusiñol, Alejandro Riquer: la lista completa.

José León Pagano tiene anunciado otro tomo, de castellanos..., digo mal, de provincianos, porque acaso, entre los que vamos a salir allí a plaza, no haya ninguno nacido en Madrid y pocos lo serán en alguna de ambas Castillas. — Pero así como principió a conocer a España por Cataluña, tratando y estimando a sus hijos ilustres, también la Cataluña literaria comenzó la obra, para nosotros altamente beneficiosa, de difundir en los países latinos extranjeros noticias de nuestra vida artística e intelectual.

* *

¿Extranjeros he dicho? Pues qué, ¿en España andamos tan enterados de lo que sucede en Cataluña, en la Cataluña que piensa y trabaja con el cerebro? ¿Tenemos tan presentes los nombres que componen el índice de Pagano? ¿Se han familiarizado de tal manera los oídos con ellos, que el libro del escritor italiano sea para nosotros una lectura de lujo?

Creo contarme en el número de las personas menos mal informadas del movimiento intelectual catalán, porque me gusta, en general, estar al corriente — sin otras pretensiones — de lo que se hace en el mundo; con más razón en un mundo que tengo tan próximo y que forma parte de mi patria. No es mi ignorancia de la literatura catalana tan supina e invencible como la de la inmensa mayoría de los españoles que, no obstante, se ocupan en cuestiones literarias; y con todo eso, el libro de Pagano me va a enseñar mil cosas interesantes y que en artículos dispersos nunca se aprenden.

Encabeza la obra una discreta Introducción destinada a dar sucinta idea de los orígenes históricos de la literatura catalana. Siguen los estudios críticos, precedidos de retratos, y henchidos de curiosas observaciones, de interesantes detalles, con esa abundancia de información íntima que sólo contienen los libros que no son de libros, sino que han nacido de la frecuentación asidua y estudio cariñoso de personalidades, caracteres y costumbres.

Así, por ejemplo, a los catalanes que conozco y trato — y no son muchos, porque repito que en este particular el joven italiano está mejor enterado que nosotros, — a los catalanes que conozco y trato, repito, los encuentro en las páginas de *Attraverso la Spagna letteraria* enteramente conformes con la imagen que en mi mente conservo. Ahí está Angel Guimerá, en la redacción de la *Renaixensa*, emboscado tras sus lentes, parecido física y aun moralmente a Galdós — de quien es paisano, mal que le pese a tan decidido catalanista. — No estoy, sin embargo, conforme (¿pero cuándo sucederá que se esté enteramente conforme con un artículo crítico?) en que el teatro de Guimerá carezca de tradición. El teatro de Guimerá es romántico — como es romántico el de Echegaray, y esto no quiere decir que ambos dramaturgos se parezcan.

* *

A otros, a los que personalmente no conozco — como a Jacinto Verdaguer, — me agrada verlos al través de la benévola y simpática impresión que se adivina han producido en el espíritu de Pagano. Y ya que digo esto, añadiré que no comprendo libros del género del de Pagano si no los baña e impregna la más ardiente simpatía. — No vale la pena de ir a un país, dedicarse a saber lo que en él acaece, trabar amistad con las personas que en él significan y valen, leer libros, tomar notas, para salir luego con que todo aquello nada importa, y que era igual, ó preferible, no haberse molestado. Los iniciadores y vulgarizadores de literaturas, como Melchor de Vogüé y como ahora Pagano, necesitan encontrar deleite y manantiales de admiración en lo que divulgan; necesitan enamorarse del asunto que tratan, y comunicar su amor, contagiar al público, propenso — cuando sólo se le muestra el reverso del tapiz, los defectos y máculas que presenta todo, al mirarlo con ojos displicentes y severos — a creer que ya debe pasar de largo. Por otra parte, la crítica moderna, subjetiva, presta inmensa libertad para el elogio. Si estamos satisfechos y experimentamos un indiscutible goce, ¿quién puede regatearnos el derecho a comunicarlo y transmitirlo?

* *

No es, pues, extraño que el autor del libro a que voy refiriéndome manifieste entusiasmo sin límites hacia la literatura catalana y sus primates. En ellos encuentra y descubre Pagano algo más que el mérito de la forma, dejando traslucir que los ideales de independencia y progreso que palpitan en el fondo de esa literatura le subyugan y atraen.

«Apeles Mestres — dice el joven escritor, — como todos los catalanes, es de opinión que en Cataluña la poesía cuenta con más y mejores cultivadores que en el resto de España. «De cierto — me decía — estamos por bajo del resto de Europa, pero también por cima de las demás regiones peninsulares.» Este criterio, a mi parecer muy necesitado de restricciones y distinguos, no andará desacorde con el de Pagano; en su espíritu ha debido grabar honda huella el espectáculo de un país realmente distinto de la clásica España inerte para los negocios, refractaria al soplo y que poco a poco va sumiéndose en las nieblas de su ocaso.

* *

Si tuviese que poner defectos al libro, diría que gusto poco del sistema de *interviews* y que cada día me convencen menos las descripciones de interiores y los retratos a la pluma, ligeros, amables y lisonjeros, porque así tiene que ser. La crítica es otra cosa; es ante todo apreciación de la obra en sí; de su valor estético, de su puesto propio entre las demás afines en el momento en que aparece. Y esta manera mía de comprender la crítica es la misma de Pagano, que no sólo la emplea a veces, sino que lamenta que las exigencias de la información para una Revista le hayan impuesto el método de la *interview*. ¿Qué suele recogerse en esas *interviews*, francamente? La impresión de un paisaje ó un edificio; la forma de un mueble; el color de un cortinaje; la expresión de una manía personal, sorprendida en el gabinete de trabajo; la noticia de que éste escribe en un gabinete

tranquilo y aquél sobre la mesa de un café ó de una redacción bulliciosa... He ahí lo más que de una *interview* suele deducirse, amén de la exposición de las ideas críticas de escritores que no son críticos, y que hasta pueden, sin dejar de valer mucho como artistas, carecer de instinto y olfato crítico, y aun de criterio.

Como otras cosas, la crítica se ha renovado, y ha considerado directamente su objeto y fin. Aun cuando lo más interesante en la obra de arte fuese el *hombre* que la produjo — lo cual a mi juicio está por demostrar, — todavía podemos discutir si las *interviews* nos muestran al *hombre*. Sainte Beuve, que estudió como nadie la individualidad en la obra escrita, no procedió, ni hubiese comprendido que se pudiese proceder, por este sistema precipitado de la fotografía instantánea. Nada más lento, delicado y minucioso — a la holandesa — que el procedimiento de Sainte Beuve. Y la base de su crítica, el eje de su estudio, al través del individuo, es siempre la obra en sí.

Esto que voy diciendo, repito que no envuelve una censura a Pagano. Le creo capaz (y me fundo en pruebas, en páginas ya existentes) de ir mucho más allá de la *interview* literaria, según los moldes de este género, a mi ver bastardo y de seguro bastardeado, por las necesidades y hábitos de la publicidad moderna.

En resumen, la obra es interesante, útil, y han de agradecerse a su autor y a la Revista que la inspiró, no sólo los catalanes, sino todos los amigos del saber.

* *

Acaso es necesario, en el inmenso desarrollo que ha adquirido la crítica, la cual, como la historia, va siendo *ciencia de ciencias* y además *arte de artes*; acaso es necesario, repito, que exista todo: desde el suelto elogioso hasta el insolente *varapalo*; desde el artículo deshilvánado y a *côté*, como dicen los franceses, hasta la monografía honda y seria; desde la *interview* impresionista y personalizadora, hasta el análisis directo y fibra por fibra del libro ó de la obra de arte. Todo hace falta, y todo abunda en los países donde se lee. Aquí (será monótona la queja, a fuerza de repetirse, pero ¿cómo no quejarse de un dolor continuo?), aquí no se lee, ó se lee cada día menos. Nuestra librería vive de milagro, sostenida en el aire por un alambre como las Voladoras. La lengua castellana — que hablan todavía, sobre la superficie del globo, tantos millones de seres — no es leída. ¿Cómo ha de serlo la catalana? Si fuese cierto, según afirma Santiago Rusiñol, que en las letras catalanas late un espíritu moderno que en las castellanas no existe, tanto peor para los que poseen el espíritu en un frasco y no pueden quitar el tapón y dejar que la esencia se esparza.

EMILIA PARDO BAZÁN.